

En la década de los cuarenta y a principio de los cincuenta, Carmen Miranda actúa en doce películas, acompañando en la pantalla a estrellas como César Romero –el guapo latino de sienes plateadas– Groucho Marx, Dean Martin y Jerry Lewis quien, precisamente, obliga a suprimir varias escenas de *Scared Stiff*, al intuir que la Miranda le robaba protagonismo. Y dije acompañando porque –como ya se apuntó– nunca desempeñó papeles principales. La Miranda fue un adorno musical, un entremés de exotismo bienestante, higiénico y tranquilizante en medio de argumentos de enredo, muchas veces grotescamente absurdos, propios de las comedias de Hollywood de dicha época.

En 1947, Carmen se casa con David Sebastian, productor ejecutivo de su mayor éxito, *Copacabana*. A poco de casada, pierde un hijo, lo que le sume en una profunda depresión de la que sólo se libera trabajando sin cesar, para lo que se atiborra de pastillas y medicamentos. Su matrimonio es un fiasco, pero sus firmes convicciones religiosas le hacen rechazar el divorcio, lo que en el mundo de Hollywood no deja de parecer un exotismo más de la artista, como sus zapatos o sus brazaletes.

En 1955, tras actuar en un programa de televisión con Jimmy Durante, fallece repentinamente por una parada cardíaca. La autopsia revela un exceso de barbitúricos, acumulados a una creciente anemia y a un estado de persistente infelicidad, en fatal contradicción con su propia imagen. Víctima –en cierto modo– de sí misma.



Mariano Fortuny: *Retrato del pintor Zamacois*, Ca. 1869